

DEFENSAS HEROICAS

Múltiples fueron los hechos de valor que se registraron, en el pasado octubre, en la defensa de la ciudad de Oviedo, contra la barbarie de los revolucionarios: el regimiento Infantería núm. 3, aun cuando falto de medios de combate, acosado por la superioridad numérica, del armamento y de la dinamita que se prodigó de una manera fantástica, supo escribir una página de gloria, que nadie seguramente le podrá regatear ni discutir; hermanados Oficiales, Suboficiales, clases y soldados, dieron un mentís a todos aquellos que creían que faltarían a su deber, salvaron en parte a la ciudad y demostraron a España que aun cuenta con militares que no dudan en morir antes que rendirse.

Epica es la hazaña del Teniente Riera, en el núm. 18 de la calle de Uria, donde, atacado ferozmente, opuso una seria resistencia al enemigo con un fusil ametrallador y 12 soldados; resistió desde el 6 al 12 de octubre, fué incendiada la casa que ocupaba y aun oíamos los disparos del fusil ametrallador cuando las llamas la envolvían. De aquella casa se fué a otra, y luego a otra, y así sucesivamente recorrió un calvario, hasta que, todas ardiendo, tuvo que retirarse al cuartel de guardias de Asalto, sin perder un solo hombre, ni un cartucho, ni un fusil.

Grandiosa por demás fué la defensa de la Casa Blanca de la misma calle, por el Capitán don Jesús Guillén Navarro, procedente de nuestra humilde clase, pues ostentó en sus brazos los galones de panecillo; no puedo decir más que está propuesto para el empleo inmediato; pero el ser mi Capitán y el encontrarme yo allí, me veda el hacer el relato de la defensa.

También en el café de la Paz estaba allí otro héroe, el Sargento don Valentín Sanz López, con una ametralladora, que no cesó ni un solo momento, ni de día ni de noche, de hacer fuego; sentado en el sillín, resistió el duro ataque y lo rechazó; fué cañoneado, pero aquella atalaya de la torreta de la casa no fueron capaz de abatirla; sus muros nos cantan su heroicidad; allí están trágicos marcados los cañonazos; sólo cuando herido, falto de sangre, no podía resistir más, cogió su ametralladora al

hombro y, como si estuviese en un campo de instrucción, por la trasera de la casa burló a sus enemigos y, salvando la máquina, se retiró al cuartel de Asalto.

Magnífica fué la defensa que el Teniente Valdés Pando supo hacer de la estación del Norte y del Depósito de Máquinas la noche del día 6; todos rivalizaron en heroísmo, defendiendo una posición completamente indefendible, dominada por sus cuatro costados; allí, en el Depósito de Máquinas, supo escribir una página de sangre fría y valor sereno el Sargento primero don Celestino Jiménez Pérez; cuando fueron retirándose por recibir orden a la mañana siguiente, la salvación de su vida fué un verdadero milagro; sólo el conocimiento de la táctica pudo hacerlo; también se distinguió notablemente el cabo Mariano Fernández Espolita, que formaba parte de tan intrépida tropa.

El Teniente Parreño, en la iglesia de San Pedro, se defendió como un jabato y protegió la retirada a las fuerzas de la estación, que sólo a fuerza de dar el pecho, lo hicieron; allí resultó herido el Sargento primero don Julián Bermejo Domínguez, que ya el día antes en el camino de Mieres, donde intentaron llegar, en la cuesta de la Manzaneda, dió pruebas de su valor.

El Teniente don José Martínez Marina y Sargento don Enrique Corsino Sánchez, en la Cárcel Modelo, dieron pruebas de una gran entereza de ánimo; aquella posición fué atacada de la manera más despiadada; llovían las balas, cañonazos, morteros, la dinamita; sus muros pueden atestiguarlo; a esto se aumentaba el peligro de la población penal en el interior de la cárcel, que ya se manifestaba de una manera poco tranquilizadora, lo que le hizo ir al Teniente Marina, y lleno de coraje, les dijo a los presos que si de dentro sentía una agresión, que no salía ni uno, que los pasaría a cuchillo. Viendo que era imposible la toma de una posición, para los revolucionarios inexpugnable, variaron la táctica, y por bajo de la vía del Norte comenzaron la construcción de una mina para volar el cuerpo de guardia de la tropa, pero resultaron fallidos sus propósitos; se dieron cuenta los sitiados y consiguieron la construcción con una simple barra de hierro, de una contramina, que les dió al traste a los revolucionarios, llegando los defensores hasta hablar con los sitiadores, tratando de engañarles, como que eran los presos del interior; pero dándose cuenta de ello, abandonaron los rojos su propósito; cuando el día 13 vi los gorros rojos de los Regulares junto a sus muros, respiré con satisfacción, pues ya estaban salvados aquellos valientes.

No puedo seguir este relato de episodios heroicos, pues los demás no llegué, más o menos cerca o lejos, a presenciarlos, pero sí sé la defensa heroica con un pelotón que hizo el Subteniente don Arturo Maestro

Baños, de la Audiencia, que, envuelto en llamas, aun seguía defendiéndose, no abandonando su puesto hasta que recibió orden para ello; del Sargento que en la Catedral, en unión de los de Asalto, hizo tan épica defensa, que fué el mayor terror de los atacantes.

En el Gobierno civil, donde se encontraba el Coronel don Alfredo Navarro Serrano y el Comandante don Gerardo Caballero Olabezar, tampoco decayó ni un momento el ánimo; desde la calle de la Rúa, enfrentaron los rebeldes un camión blindado para forzar a toda marcha la puerta del Gobierno, pero en uno de los balcones estaba una ametralladora y en ella el Sargento primero don Ismael González Sacristán, que con sus certeros disparos consiguió rápidamente inutilizarlo.

En la finca de Rubín había un cabo, Morán, con un puñado de valientes, que durante cuatro días estuvo defendiéndose como un héroe, rechazando el ataque de los revolucionarios y las proposiciones de rendición de los atacantes, y cuando no le quedaban municiones para defenderse, hizo la retirada al cuartel del Regimiento, no perdiendo ni un solo hombre.

Más podría citar, pero por hoy es bastante; dice el adagio: "para muestra basta un botón"; he presentado más de media docena, que van a demostrar bien a las claras que el Regimiento de Infantería número 3 supo batirse con honor y resistió, sin víveres, sin agua, en muchos puestos sin casi municiones, e hizo lo que todo soldado español sabe hacer: luchar y morir antes que rendirse.

FRANCISCO BLANCO

Subteniente de Infantería.

